

ANA MARÍA - Prefacio (PUBLICADO)

Llegué a pensar que ella era mala, pues, en ese tiempo Ana engañaba al marido con el amante y al amante con el marido. Pero hoy que la vi en persona después de casi una década concluí que era peor, pues, pude notar con absoluta claridad que en esencia ella se engañaba a sí misma...

ANA MARÍA - cap. I (PUBLICADO)

Le pregunté si era feliz, y ella respondió que sí, pero aclarando que "a su modo". La miré a los ojos, entonces, y en el el silencio que siguió pude casi sentir el aire frío de quien esquiva un dardo. Tuve que rescatar la conversación con un tema menos lacerante: el kamlú wantan, la Inka Kola, etc., pues, de lo contrario sus lágrimas hubieran inundado sus propios ojos y también los míos...

ANA MARÍA - cap. II (PUBLICADO)

Nos habíamos encontrado en el centro de Lima, cerca al mercado central donde ella se dedicó a comprar materiales para los trabajos escolares de sus hijos. Le pregunté por ellos, pero sus respuestas fueron desarticuladas y casi amorfas como las cuentas y los hilos que compraba. Pude sentir su interior del mismo modo: piezas desperdigadas y emociones inentendibles. Entendí, por lo tanto, que rechazaba mi pretensión de enterarme de su vida familiar, así que decidí abordar el flanco de la relación -bilateral, supuse- con su marido. ¿Siguen juntos, no? -le pregunté a quemarropa- ¿pero...están mejor o peor que antes, agregué, porque igual no pueden estar debido a lo ocurrido entre nosotros hace 9 años, verdad Ana? (continuará)

ANA MARÍA - cap. III (PUBLICADO)

¿Siguen juntos, no? -le pregunté a quemarropa- ¿pero...están mejor o peor que antes, agregué, porque igual no pueden estar debido a lo ocurrido entre nosotros hace 9 años, verdad Ana?

Ella escuchó con atención y claridad la pregunta, pero su respuesta fue balbuceante, hilvanando casi con torpeza sus frases desprovistas de alma, de argumento o esencia. "Sí, seguimos juntos... Y mejor que antes, claro". La felicité sinceramente y agregué que entonces nuestro equivocado affaire del 2004 había producido buen fruto, y que no teníamos que reprocharnos nada ahora. (Confieso que a partir de ese momento mi teoría de la venganza, sobre el porqué del encuentro convocado por ella, tomaba cuerpo). Aceptó de buena gana lo primero, pero cuando terminé de expresar mis ideas y la miré ella tenía una expresión de hastío y su mirada buscaba cualquier objetivo para evadir la mía...

ANA MARÍA - cap. IV (PUBLICADO)

Se produjo un silencio hondo y prolongado, y empezamos a separarnos mientras caminábamos abriéndonos paso entre el gentío que copaba las estrechas veredas propias de la arquitectura colonial del centro de Lima. Decidí callarme e imitar su paso rápido, su hastío y búsqueda de evasión, pero ella bloqueó mi estrategia sobre la marcha preguntando “¿porqué me miras así, Pepe... ah, qué te estarás preguntando seguramente...?” En realidad, yo ya no la miraba y casi tampoco me preguntaba nada, pues, había llegado a la conclusión de que este encuentro era una simple y feroz pérdida de tiempo. Pero ella insistió con la pregunta porque daba la impresión de estarme leyendo la mente todo el tiempo. Entonces, empuñé con fuerza mi alma para responderle casi con indiferencia: “estaba pensando en cuáles serán tus intenciones, Ana: si me has convocado aquí para completar una venganza tuya por lo ocurrido en el 2004, o bien para otra cosa peor...”. Se sonrió y me repitió una frase muy trillada a través de nuestros chat del Facebook: “ya te he dicho, querido, que eso no pasa por mi cabeza, parece que aún no me conoces lo suficiente...”. Y sus últimas palabras se sumaron a su coqueta sonrisa configurando en su rostro los ingredientes de una invitación soterrada, placentera hasta la taquicardia, pero que intuí venenosa, adictiva y además fatal... (continuará).

ANA MARÍA - cap. V (PUBLICADO)

Y sus últimas palabras se sumaron a su coqueta sonrisa configurando en su rostro los ingredientes de una invitación soterrada, placentera hasta la taquicardia, pero que intuí venenosa, adictiva y además fatal...

En ese punto, lo confieso, tomé la decisión de retroceder en mi acometida privada. Dejé de sentirme atraído voluntariamente y traté de dismantelar mi agenda con ella para retomar la de siempre, la de mis negocios también privados, pero vinculados al mundo técnico, a la informática comercial y cuestiones en verdad productivas.

Ella lo notó de inmediato y entonces pasó de una actitud casi pasiva a un franco ataque, pues, siendo enfermera utilizó (malamente) sus conocimientos sobre mis problemas digestivos para sugerir: “tú debes comer, Pepe, ¿o ya almorzaste?” Le dije que no, y era la verdad, pero le pregunté si ella también tenía hambre porque presentí su negativa que podía servirme para eludir la invitación. No respondió nada, porque parece que todo el tiempo estuvo leyéndome la mente, y apuró el paso dándome entender, además, que en esta partida ella estaba siempre una jugada antes de las mías. Llegamos así a un chifa cerca de la Plaza San Martín, un local que ya había visitado años antes cuando empecé otra historia que recientemente finalizó debido al abandono de ella. Entramos al lugar y nos ubicamos en las mesas del fondo. Las paredes enchapadas de madera color oscuro, ventanas con lunas polarizadas, mesa con mantel de tela. Muy acogedor el sitio, pero yo recordaba el final con la anterior historia y, entonces, temí que todo esto acabaría igual... (continuará)

ANA MARÍA - cap. VI (PUBLICADO)

(Muy acogedor el sitio, pero yo recordaba el final con la anterior historia y, entonces, temí que todo esto acabaría igual...)

Cuando ella tomó asiento pude notar que tenía el sable desenvainado, pues, cuando la azafata trajo la lista Ana simplemente me la puso al frente y mirando a otra parte dijo secamente que sólo quería una Inca Kola. No me sorprendí, pues, entendí que habíamos llegado finalmente al campo de batalla o, por lo menos a la zona de precalentamiento...

Traté de leer la lista del chifa pero noté que tenía los vidrios de mis anteojos totalmente nublados por el smog del centro de la ciudad. Me detuve por unos segundos y la miré por sobre la montura notando que ella también me miraba, pero fijamente y como quien estudia un blanco para acertar en el primer intento.

Me relajé y pedí mi plato favorito mientras le sugería que hiciera lo mismo. Se negó, pero lo ignoré y me dispuse a enfilar mis baterías para participar del civilizado juego del debate que ella ya iniciaba pero como lo hacen cierta clase de mujeres, es decir, sin decir nada y tendiendo así un velo de misterio como preludio de una emboscada al descubierto... Sinuosamente, sacó de su bolso un espejito de esos que seguramente le dirían lo que ella quisiera escuchar; hizo un mohín con la boca mientras me miraba de reojo al tiempo que delineaba en el aire alguna figura a modo de ensayo con el lápiz labial; la azafata, mientras tanto, le ponía ante sí la gaseosa burbujeante que vertía con excesivo cuidado en el vaso de cristal de poco diámetro y hecho especialmente para inducirnos a pensar que el restorán regala el frescos. Me imaginé, entonces, que yo también tenía al frente un mero envase hecho para perpetrar un engaño placentero...

¿Qué me miras?, me disparó. Pues todo y nada, Ana, ya me conoces y sabes que me gusta penetrar más allá de la piel. Esa es mi estructura psicológica, es la forma como estoy construido o armado. ¡Oh, ja ja ja...!, replicó con una risa ubicada 4 octavas más alta que todas las voces que yo haya escuchado, y agregó: "...a propósito ¿sigues portando armas? ", y lo dijo con su clásica actitud de niña sorprendida y casi a merced de su imaginario verdugo. Sí, claro, le respondí, debo contar con mi instrumento de protección personal, pero además bajo licencia y todos los requisitos legales que el Estado obliga a sus ciudadanos. Y me levanté un poco el saco para mostrarle la Ranger 38 que pendía tranquilamente de la sobaquera de cuero negro.

Entonces, Ana querida, agregué de inmediato: confiesa, suelta la sopa como dicen en otros lugares de américa: ¡dime qué tienes tú en tu propia caserina y dispara ya !.... (continuará).

ANA MARÍA - cap. VII (PUBLICADO)

Ella me miró con su encantadora, característica e histriónica indiferencia y luego se dedicó a

mirar fuera del restorán mientras libaba la Inka Kola lenta y seductoramente. Sus labios parecían pasar revista a cada una de las moléculas del cristal del vaso mientras su garganta procuraba absorber el líquido color oro cuyo olor llegaba hasta mí en ondas provistas por su respiración que en ese momento noté en franco ritmo asincopado. Supongo que perdí la noción del tiempo y del espacio y caí en el abismo de la fascinación hipnótica con que hemos sido programados los del mal llamado “sexo fuerte” (fuertes son ellas en realidad, pues, aquí queda claro que nos dominan con sólo desearlo ...o fingirlo).

Tuve que intentar respirar ampliamente y volver en mí, pues, algo me decía que mi expresión debía estarme delatando. “Bueno, está delicioso este Kamlú-Wantán, Ana... Una lástima que no quieras ni probarlo... pero si quieres, toma, pica...”, y mientras yo engullía voraz y casi desesperadamente el sabroso potaje chino ella hablaba lentamente para expresar su negativa al tiempo que ahondaba el efecto hipnótico de que me estaba haciendo presa. Entonces, pensé que el plato de fondo no era lo que estaba en la mesa y una extraña y casi placentera sensación de víctima se apoderó de mí.

Entonces, levanté la vista y pude ver su expresión de franca complacencia al tiempo que dos hermosas “chapas” adornaban sus mejillas. Me sentí derrotado, aplastado por el universo y su creación, la más poderosa y responsable de la procreación, de la continuación de la vida, y mi derrota era instintivamente aceptada por todo mi cuerpo que pude entender no me pertenecía, al menos no durante todos los instantes de la vida.

“¿... qué te pasa, Pepito... tienes frío...?”, me disparó Ana con su vocesita de contralto matizada con requiebres de soprano. “... creo que sí”, le dije y cambié de tema intentando sin lograrlo todos los ensayos de un náufrago sumergido en un charco de miel. La miré, contemplé sus “chapas” y me resigné al siguiente capítulo poniendo mi mano derecha sobre la izquierda suya que retrocedió para evitar el contacto. Hábilmente, Ana complementó su estrategia de ataque reanudando su relato de finales del 2004. “Me destrozaste, sabes, simplemente me destrozaste, Pepe, y me ha tomado años recuperar la confianza... Eso no se hace, las relaciones son de a dos, ¿me entiendes?”.

“Querida -le respondi- entonces, ¿mejor hubiera sido quedarnos así hasta ahorita?” Y en ese momento casi me arrepentí de estar rechazando una disimulada invitación para continuar lo del 2004, pero de a dos y no de a tres como ocurrió en ese entonces... (continuará).

ANA MARÍA - cap. VIII (PUBLICADO)

Supongo que es innecesario relatar esta parte, pues, mis queridos lectores ya lo habrán anticipado: Ana no respondió nada, pero cruzó sus manos bajo la barbilla, se relajó dándome a entender su estoica resignación y miró al salón por encima de mi vista al tiempo que suspiraba y disfrutaba del impacto que sus proyectiles emocionales hacían sobre mí.

Imposible de vencer, imité su actitud y me dediqué a paladear y comentar el sabroso Kam-Lu-Wantan que tenía ante mí. Realmente, estaba exquisito y muy bien balanceado entre lo salado y lo dulce, de modo que cualquier comentario sobre el plato era también innecesario porque lo principal era devorarlo. Entonces, ella reconoció que la situación era una de jaque en su contra. Y atacó intentando devorar mi argumentación que ya casi había tomado cuerpo.

“Mira, Pepe, yo sólo defiendo lo que creo que amo... o quiero...”, pero su titubeo final me llamó la atención y dejé de comer. Ella notó el vacío y agregó tratando de asestarme un golpe fuerte: “fue muy cruel lo que hiciste con él... ¿cómo se te ocurre que tuviste que contarle todo?...”

“Yo no le conté nada, Ana, es decir, no invité a cenar a tu marido con el propósito de relatarle los pormenores de un encuentro entre un hombre y una mujer además ajena”. Tu teoría es absurda y carente de sustento, agregué. Las cosas no ocurrieron según te imaginas. Yo lo llamé previamente al celular, pero parece que ese capítulo, así como muchos otros que voy notando, nunca han sido relatados entre ustedes.

“Sí sé que lo llamaste”, me gritó Ana, y su expresión, como ya casi todas hasta ese momento, tenían un franco aire a reclamo, a protesta, a sollozo y a pataleta infantiles. Entonces, sabrás que él me preguntó para qué la invitación, le dije. Y yo le respondí a tu esposo, con toda sinceridad: “... es para hablar sobre Ana”. A lo que él respondió “Ana, ¿pero qué ocurre con ella?”. Pues, de eso trata la conversa, Manuel, pero si no deseas simplemente no pasa nada. Pero la conversación telefónica acabó con su aceptación. Nos encontraríamos en uno de los chifas muy cercanos al Arco de Salamanca, mi zona favorita en esos años.

Casualmente, mi hija mayor terminaba sus cursos fuera de aula a esa hora y había quedado con ella en recogerla. Una interferencia de agendas que solucioné invitándola también a la cena con Manuel, el esposo de Ana, pues, en realidad todos nos conocíamos por una u otra razón que la vida nos impone. Ana, mis hijas, sus hijos y yo solíamos subir a mi propio auto de cuando en cuando, para ir de paseo a alguno de los parques de esta ciudad.

Llegamos al chifa de la avenida que sale del colegio de mi hija y nos sentamos a revisar la hoja de potajes. Manuel llegó puntual... (continuará).

ANA MARÍA - cap. IX (publicado)

Nos saludamos educadamente y nos dispusimos cada uno a pedir lo suyo. Como siempre, el Kam-Lú para mí y mi hija que en esos años solía compartir mis gustos por la comida china. Manuel revisó acuciosamente la carta del restorán, pero acabó pidiendo algo que en mi memoria ha quedado como lo más parecido a lo mío sin ser igual, preludio del diálogo que siguió.

En realidad, había mucho apetito de parte de todos y debido a eso transcurrieron varios minutos

de voracidad silenciosa interrumpida por cortesía y mediante comentarios triviales sobre la comida.

“Bueno -interrumpí finalmente- te he invitado para conversar sobre Ana. Es que hace casi un año que ella y yo salimos y pasamos muchos momentos juntos...”

Manuel se detuvo en seco, dejó de comer pero mantenía la vista fija sobre el plato de sopa. Volvió los ojos y me miró con una expresión mezcla de pánico, extrañeza y repulsión. Balbuceó algunas frase ininteligibles pero luego, aclarándose la voz, agregó: “qué me estás diciendo, José.... eso... eso no puede ser... Ana es una mujer feliz...”

Yo proseguí: “Como tú sabes, nos conocemos con Ana desde que éramos adolescentes, en la época en que yo empecé a trabajar en la minera. Un montón de tiempo, Manuel. Ella ha estado en mi casa paterna algunas veces con motivo de mi cumpleaños y otras celebraciones. Pero en esta parte de la vida las cosas fueron más allá. Te ruego que me escuches con calma. Si te cuento esto es porque ella llegó a mí el año pasado con una historia de terrible maltrato de tu parte, y dijo cosas terribles que prefiero no repetir...” En ese momento Manuel se recostó sobre la silla y expresó una actitud como si la comida estuviese envenenada y todo el escenario le pareciera más una cámara de tortura que un lugar para alimentarse y disfrutar de un buen momento. Entonces, trató de establecer mejor su defensa: “mira, esto es alguna mentira tuya con el fin no se si de hacerme daño o no sé qué...Ana es una mujer feliz, ya te lo dije... Todo esto es sencillamente falso....ok?”.

Le respondí: "A mí también empezó a parecerme falsa la actitud de ella en estos últimos tiempos, Manuel, pues, cada vez que yo le tocaba el tema del maltrato y la única solución que eso amerita, o sea, salir de tu casa, ella respondía con que iba a hablar contigo. Un absurdo, como que un prisionero tenga que pedir permiso a su verdugo para recuperar su derecho a una vida sana y en paz..."

“Mira, José, yo ya me cansé de esto. Si tú tienes algo que ver con Ana envíame pruebas, ¿ok?”

“Vaya -le respondí- esto sí es de verdad increíble. ¿Me estás pidiendo que yo te envíe “pruebas” de lo que hay o hubo con tu esposa?, ¿qué clase de pruebas, Manuel?”

“¿No dices que ustedes salían? Pues debes tener fotos”. Ah, le respondí, quieres fotos... Pues, no creo que yo tenga que entregártelas sin el consentimiento de ella, ¿no te parece? Son cosas privadas entre ambos. Y yo no puedo manejarlas a mi antojo. Espero que me entiendas.

“Si tú no me envías fotos pensaré que todo esto es mentira y que tú eres un tipo con malas intenciones, José”, agregó al tiempo que la sangre le subía a gran presión al rostro y temí que reventara. “Bueno... veo que ustedes dos tienen una comunicación bastante pobre, pues, parece que yo te estoy dando una primicia y por eso estoy quedando algo fuera de lógica. Me parece francamente extraño que un hombre no se de cuenta cuando algo empieza a fallar en la

relación con su mujer”.

“Tú no tienes nada qué opinar sobre nosotros, José. Y si sigues sin darme pruebas yo te consideraré simplemente un tipo mentiroso”.

“Bueno, Manuel, tú ganas. No tengo mi archivo digital aquí pero en cuanto llegue a mi casa te enviaré las fotos que pides. ¿Me das tu correo?”

Y aunque suene de Ripley, Manuel, el esposo de Ana, el hombre a quien la vida le estaba revelando un horrible secreto acerca de la infidelidad conyugal “en vivo”, sacó su tarjeta de negocios y me la entregó previo subrayado del email. “Ahora tengo que irme. Gracias por todo pero estoy con la hora”. Y se marchó dejando todo lo servido sobre la mesa.... (continuará)

ANA MARÍA - cap. X (publicado)

“Esto es triste, hija, me dispuse a ampliarle el contexto a mi pequeña de 16 años, seguro recuerdas todas las veces que me has visitado en casa y encontraste a Ana María ahí, ¿verdad?. ¿Alguna vez la viste con ánimo furtivo o con la moral derruida? Claro que no, pues, supuestamente ella llegó a mi vida con la historia de una mujer que no podía vivir más con el esposo. Nada del otro mundo, un argumento simple y que asumí sincero para buscar una nueva relación. Por eso yo la acepté, y porque además ella es guapa... Los hombres somos así...”.

“Papá, pero... pobrecito, ¿no viste su cara?”, me preguntó mi hija mayor al tiempo que gesticulaba como quien trata de reponerse de un impacto físico. “Sí, hija, claro que lo he visto, y si es cierto que él no sabía nada, pues, parece que hemos tenido a una amiga y acompañante muy mentirosa todo este tiempo que hemos ido de paseo y etc., etc.”

“Sobre todo tú, papá, por esos etcéteras.... ja ja ja”. Y yo me quedé pensando por un segundo antes de decirle a mi amada hija: “¿Sabes para qué te he traído, nena? Ten presente que hoy has observado un hecho absolutamente real, puede que haya sido muy doloroso para él, pero es un tema de la vida que no se puede eludir, es un tema viviente, no de pizarra de aula, una experiencia en cabeza ajena. Estoy pensando que Ana nos ha mentido a todos: a mí, a Manuel, su esposo, y aún a ti. Esto es, pues, un ejemplo viviente de lo que no se debe hacer”.

Subimos a la station wagon y no nos dijimos nada durante buen rato hasta que le pregunté sobre sus clases extra y Juanita, mi pequeña hija mayor, respondió como siempre. Me tranquilicé al percibir que su alma no había sufrido sino pequeños arañazos, que se mantenía fresca y alegre, y que era posible que asimilara el hecho de la mejor manera posible, es decir, como el ejemplo de lo que una mujer no debe hacer jamás.

Suelo rechazar la enseñanza teórica porque pude ser testigo de cómo eso se corrompe. Los alumnos en su mayoría hacen trampa, y los que logran dominar el tema al final no lo aplican en

la vida real. Pero las lecciones de la vida siempre son usadas porque quedan grabadas en la mente. Y dado que de mi parte nada material podía ser transferido a mi hija, sólo quedaba el conocimiento como recurso de una vida mejor que la mía....

Nos despedimos en la puerta de su casa y yo me dirigí a la mía en el lejano distrito costero de Chorrillos. Melancolía al llegar al “nido”, como Ana lo había bautizado. Aún todo tenía el orden impuesto por ella y su gusto por la decoración. Las cortinas que se cambiaron al gusto de ella, las tazas, y hasta las compras de muchas verduras y carne de pescado en el congelador. Todo describía la historia que tuvimos pero del modo como el bodegón del pintor lo hace: una naturaleza muerta.

Me resigné a la conclusión de todo y me metí en el dormitorio a mirar televisión, la droga del relax y los viajes imaginarios más utilizada hoy en día.

Pero con el paso de las horas pude notar que miraba sin ver, que la pantalla se esforzaba inútilmente en pintarme un mundo maravilloso y falso, y que finalmente mi actitud era de huida. Eso me sacó del sopor mediático y me llevó directo a otra de las ilusiones tecnológicas más usadas hoy en día.

“Espero estés bien, querida Ana María, pero si algo malo ocurre no dudes en pensar que tal vez sea el mejor camino el que he tomado hoy”, escribí en el Nokia y disparé el SMS a través del éter. No hubo respuesta y sentí que estaba al otro lado del túnel, pero sin luz alguna....y me dormí..... (continuará)

ANA MARÍA - cap. XI (publicado)

“Ves, Pepe, ¿te das cuenta? Eso fue el cólmo, qué horror... Hasta parece que disfrutas relatar cosas como esta... Qué malo que eres....Cómo tienes que llevar a tu hija a la conversación con él.... Ves... ¿te das cuenta? Tú eres un hombre muy cruel..!!!”, me gritaba Ana mientras el Kamlú se enfriaba. Yo la miraba pero no la veía, bajé la línea de visión y pude ver su bolso color escarlata acaramelada a su costado mientras mis ojos seguían una línea instintiva. Llegué al borde de su minifalda, sus medias de nylon gris compactando sus hermosas piernas que yo conozco -o conocí- mejor que nadie, su cintura algo más amplia que hace años pero aún haciendo de mágico golfo para su escote ovalado e hipnóticamente discreto. Esos senos que alimentaron utopías y que llevaron a mi alma a encallar en la puerta del horno, me dije, mientras su voz resonaba en mi memoria inmediata para llevarme nueve años atrás hasta sentir el eco de la misma rebotando en las paredes del “nido”.

Me sentí, entonces y ahora, acompañado por una muñeca perfectamente programada para ejecutar un guión de geisha que dejé de entender cuando empecé a amarla...

Y yo la seguía mirando, y ella al parecer lo disfrutaba mientras que al mismo tiempo me

reprochaba el hecho de haber llevado a comer a su esposo para revelar un tema que Ana me gritaba con insistencia hoy: “una relación es de a dos, Pepe... ¿podrás entender eso?”, y lo repetía parece para intentar reventarme los sesos. Pero , el kamlú estaba delicioso y me servía perfectamente de excusa para no responder, para no hablar, con la boca llena.

Bueno, me dije para adentro, parece que mi otrora amada Ana sigue pensando que todo lo ocurrido fue un juego de mi parte o de parte de algún misterioso titiretero que mueve las conductas de la gente de un modo inexplicable para las propias marionetas.

“Ana... escuchame, pues, te quiero hacer una pregunta... ¿Puedo?”

Y puede que mi actitud y tono de voz calmaran a la fiera, pues, ella abrió sus enorme ojos negros, enmudeció su voz pero habló con los gestos dándome pase libre al tiempo que acomodaba su larga cabellera como para oirme bien.

“¿No te has dado cuenta que hay un problema entre ustedes dos que me salpicó a mí porque yo creí en ti?”

Se quedó inmóvil como si nadie hubiera dicho nada. Repetí la pregunta conjugando las diversas posibilidades verbales hasta que ella se dio por vencida y preguntó: “problema, cuál problema, Pepe... tú siempre tan complicado...”

“Ok, entonces te lo diré de un modo muy sencillo, pero que espero luego no me digas que soy un tipo cruel...Tal vez esto te va a doler: ¿sabe Manuel que tú estás ahora acá conmigo?”

Se paralizó de cuerpo entero, palideció, su sonrisa perfectamente fingida se trastocó en una mueca tironeada por su precioso maxilar inferior. Abrió la boca y no dijo nada... Pero el golpe duró una fracción de segundo, tiempo suficiente para reponerse y mirarme con cierto asombro mientras respondía con un seco “no, pues, cómo se te ocurre...”

Claro, le dije, cómo se me puede ocurrir que entre ustedes hay confianza si la verdad es al revés. El no sabía nada de tus andanzas conmigo en el 2004, y hoy, nueve años después tampoco, Ana, tampoco... Entre ustedes el concepto de confianza y lealtad NO EXISTE, le grité, mientras ella se ponía sus gafas y temí haberle hecho una herida emocional que se manifestara como las mujeres suelen hacer.

Intenté tomarle la mano pero rehuyó. Vi que la rabia del pequeño instante se expandía y borraba la amargura ante su obvia derrota.

Ella estaba furiosa y en un momento se levantó y temí que saliera del restorán sin más preámbulos. Pero no fue así, caminó hacia mí y con su acostumbrado gesto de malicia contenida me dijo con su vocesita de soprano de coloratura: “... voy al baño, dejo mi cartera...”

Sentí que no podía ganar esta partida porque el oponente estaría ausente. Walk-Over como en el ajedrez.

No le dije nada y ni siquiera la miré. Yo tenía la línea de visión aún enfocada en su ubicación al frente mío y de reojo miré su bolso color escarlata. Escuché sus pasos alejarse, un breve murmullo con el maitré del restorán y luego asumí que el baño la atrapó para dejarme a mí en libertad... Saqué la cámara que siempre porto en el cinto, la encendí y esperé el bip final indicando que el arma estaba lista. Apunté al bolso, enfoqué con precisión para captar todos sus detalles y disparé varias veces para asegurar que la presa no escapara.

Acto seguido, pulsé la botonera de la Vivitar y pude revisar las tomas. El nombre de ella bordado en tipografía de costurería, la textura que parecía real, y algunas cosas asomando abigarradas por la abertura del bolso. La fecha perfectamente impresa en una esquina de la nítida toma del aparato digital. Supongo que él sabría que esto le pertenecía sólo a ella...

“¿Qué haces?, preguntó bruscamente al llegar. Sus tacos me escudaron con su traqueteo y le pedí repetición mientras mi mente hilvanaba desesperadamente alguna respuesta. “Nada, cariño, o sí... ¿te tomo una foto?” Ella se quedó muda al tiempo que me miraba con una expresión entre indignada y sorprendida. Meneó la cabeza en señal negativa al tiempo que su desgastado lipstick embadurnaba sus carnosos, poderosos, hermosos y venenosos labios. “Oh, bueno, Ana, no hay problema... Si no quieres, no quieres. Ya me conoces... entonces la guardo”. Y nos reímos desprovistos de armonía, pero con interés de sintonía, de acuerdo soterrado y siempre mal negociado, con un franco aire a logue de burdel... Y así pude retornar la Vivicam a su estuche de cinturón sin despertar ninguna sospecha.

“Bueno, Pepe, ya me tengo que ir”, me disparó, y entonces entendí su estrategia en el tablero de la vida. Los celos eran su alfil principal, pero no me di por aludido y me limité a terminar el encuentro con el protocolo usual de todo restorán: “Mozo, la cuenta”.

Al salir pude notar que o había comido demasiado o que ya estaba muy viejo para estas andanzas. Ella me llevaba tal vez un metro de distancia por delante y su paso era realmente veloz. Una gacela en huida, me dije, al tiempo que miraba su trasero y sus piernas musculosas. Su cabello castaño dibujando con perfección aerodinámica el flujo del aire que se tornó en viento. Su cuello espigado y aún terso, a pesar de sus 48 años, sus gafas de sol desplegando centellas con el reflejo del astro rey que caía sobre la avenida Tacna, y el bolso color escarlata recordándome que en el ajedrez de la vida se cumple eso de que “el diablo está en los detalles”.

Un fenómeno extraño que una hembra verdaderamente hermosa pudiera encogerse hasta reducirse a una hamster atrapada en una jaulita pequeña y vergonzosa llamada infelicidad conyugal. Tal vez son los hijos, pensé. O tal vez que a ella no le gusta trabajar. Tuve el deseo de sacar fuerzas de algún lugar de mi extinta juventud y alcanzarla para agarrarla por la cintura y estrujarla contra mí. Pero me pregunté si realmente sería una buena idea, o tal vez lo mejor era aprender de la maestra vida esta demostración irrefutable de que la libertad no es para

cualquiera, que era mejor dejar a la hamster dando vueltas en su jaulita doméstica y segura. Tal vez su concepto de felicidad era ese: dar vueltas en un mismo sitio y figurarse libre sólo cuando su amado verdugo le da permiso de ir a ver a su mamá...

Pasaron meses luego de ese encuentro y un día nos encontramos en la gran plaza pública y gratuita que es el Facebook. Hablamos muchas veces, pero siempre superficialidades que irritaban mi sentido lógico. ¿Para qué tenía que abordarme con demasiada frecuencia? No le vaía mucho sentido si nuestro último almuerzo en realidad pareció el último.

Hace unos semanas, y otra vez vía Facebook le pregunté por su esposo y ella replicó preguntando por mi vida y si yo había cambiado. La suma de todo eso me pareció francamente sospechosa, y los diálogos continuaron por la frondosa trama del amor y la infidelidad. Le dije que en mi caso la infidelidad no se podía perdonar, pero ella replicó que eso no era así cuando se tenía un amor muy grande y, además, recíproco.

Le respondí que por si acaso la infidelidad suele ser también recíproca.

Fue el último diálogo.

FIN
